

Lecciones y Ensayos, nro. 86, 2009
Aníbal D'Auría, *La idea de nación en el Facundo*, ps. 45-71

LA IDEA DE NACIÓN EN EL *FACUNDO*

ANÍBAL D'AURÍA *

Resumen: Este artículo ensaya una interpretación dialéctica del famoso libro de Sarmiento, a partir de ciertos debates recientes sobre el nacionalismo, el patriotismo y el cosmopolitismo. Las tesis de Foucault (*Defender la sociedad*) brindan herramientas teóricas para comprender la interpretación sarmientina de la Revolución de Mayo y la subsecuente guerra civil. Sarmiento desarrolla una idea de nación como proyecto a futuro, es decir, como meta histórica que recién será alcanzada cuando el elemento universal (civilización europea) y el elemento particular (idiosincrasia americana) encuentren por fin una “síntesis” superadora de la antinomia.

Abstract: This paper makes a dialectical interpretation of Sarmiento's famous book, as from certain recent debates on nationalism, patriotism, and cosmopolitanism. Foucault's theses (*Society Must Be Defended*) provide theoretical tools to understand Sarmiento's interpretation of the May Revolution and the subsequent civil war. Sarmiento develops an idea of nation as a project in the future, i.e. as a historical objective to be reached when the universal element (European civilization) and the specific element (American idiosyncrasy) finally find a “synthesis” superseding the antinomy.

Palabras clave: Nación - Sarmiento - Civilización y barbarie.

Keywords: Nation - Sarmiento - Civilization and barbarism.

* Abogado (UBA). Doctor en Derecho Político (UBA). Licenciado en Filosofía (UBA). Docente de la Facultad de Derecho (UBA).

...el espíritu de la pampa está allí en todos los corazones, pues si solevantáis un poco la solapa del frac con que el argentino se disfraza, hallaréis siempre el gaucha más o menos civilizado, pero siempre el gaucha.

DOMINGO. F. SARMIENTO, *Facundo*

I. INTRODUCCIÓN

El debate sobre el nacionalismo parece resucitar recurrentemente, no sólo en los ámbitos ciudadanos, sino también en los académicos. No hace mucho tiempo, un artículo de Richard Rorty publicado en el *New York Times* reabrió una vez más la discusión, con la particularidad, esta vez, de plantearla dentro del espectro ideológico que podríamos llamar “izquierda” en su sentido más general y anglosajón. Dicho artículo, titulado “The Unpatriotic Academy” (1994), generó inmediatamente una respuesta de Martha Nussbaum y, a partir de aquí, un intercambio de ideas entre intelectuales reconocidos dentro del mundo angloparlante. Este debate, sin embargo, no parece carecer de interés para los países de tradición cultural latina. Por eso, en la “Introducción a la edición italiana” de una selección de artículos de esta *querelle*, escribe Maurizio Viroli lo siguiente:

La *querelle* entre cosmopolitas y patriotas que ha suscitado y suscita tanto interés entre los intelectuales [norte]americanos no es una polémica entre izquierda y derecha, sino un enfrentamiento dentro de la misma izquierda. El problema que divide a los contendientes no es si las obligaciones morales y políticas hacia la humanidad tienen que preceder a las obligaciones hacia la nación, sino si la democracia (y algunos agregan la justicia social) necesita ciudadanos educados en los valores del cosmopolitismo y ciudadanos educados en los valores norteamericanos. El contraste no es, como sí lo ha sido en Europa, entre partidarios de los principios universales de la libertad y de la justicia por un lado y los partidarios de los valores de la unidad étnica o cultural y religiosa de la nación por el otro, sino un contraste entre dos modos de perseguir los valores de la democracia y la justicia social. En este sentido, la *querelle* norteamericana es también un problema nuestro y merece seguirse con particular atención¹.

En efecto, la cuestión reviste importancia también para nosotros, países que hemos pasado gran parte de nuestra historia esforzándonos en construir algún tipo de democracia estable, oscilando entre el chauvinismo y el snobismo. En este mismo sentido, la noción de “patriotismo constitu-

¹ VIROLI, Maurizio, “Introducción a la edición italiana. La *querelle* entre cosmopolitas y patriotas”, en NUSSBAUM, Martha - RORTY, Richard y otros, *Cosmopolitas o patriotas*, FCE, Buenos Aires, 1997, ps. 9/10.

cional” de Jürgen Habermas también corre paralela a la introducción de estas cuestiones en la discusión filosófica y política actual². La superación (al menos en términos teóricos), a partir de la dialéctica entre presupuestos reales y presupuestos ideales de habla, de la oposición entre el particularismo comunitarista y el universalismo democrático, entre las tradiciones culturales propias y los valores humanos cosmopolitas, es uno de los puntos en que carga las tintas la filosofía discursiva de Habermas y de Apel³. Ese “patriotismo constitucional” habermasiano, como lo explica Rusconi, no es una fe en el pasado, sino un proyecto a futuro⁴.

A partir de estas consideraciones generales sobre el mentado debate, me ha parecido interesante explorar la idea de “nación” en uno de los libros fundacionales de nuestra literatura: el *Facundo*. Creo que allí pueden encontrarse ideas notablemente actuales sobre el asunto, aunque apoyadas en una filosofía de la historia que hoy resultaría difícil de aceptar. Quiero decir: más allá de los presupuestos filosófico-historiográficos de Sarmiento, la idea de nación que subtiende todo el *Facundo* puede resultar increíblemente actual y fructífera en términos políticos. En efecto, intentaré mostrar que su particular mezcla teórica de romanticismo e ilustración lo lleva a delinear un concepto de “nación” que, al mismo tiempo que conjuga lo particular con lo universal, se plantea como proyecto, meta y destino a realizar.

Luis Juan Guerrero⁵ ha presentado al *Facundo* como una obra que sintetiza y supera a las dos corrientes de pensamiento que se habían sucedido en el Plata desde la Revolución hasta entonces (1845): la ilustración y el romanticismo. Es cierto que Sarmiento pertenece a la generación romántica, junto a Echeverría y Alberdi, y que mucho antes que escribiera el *Facundo*, ya estos últimos habían hecho públicas sus críticas a la vieja generación ilustrada y marcado el rumbo de las nuevas ideas en los textos fundacionales del romanticismo argentino: *La cautiva*, el *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, y el *Dogma socialista*. Pero, según Guerrero, el *Facundo* viene a sintetizar, integrar y superar la visión de la

² HABERMAS, Jürgen, *Facticidad y validez. Sobre el derecho y el Estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso*, Trotta, Madrid, 1998, ps. 619 y ss. También, del mismo autor, *Identidades nacionales y postnacionales*, Tecnos, Madrid, 1989.

³ Ver, por ejemplo, APEL, Karl O., “La ética del discurso como ética de la responsabilidad. Una transformación post-metafísica de la ética de Kant”, en *Teoría de la verdad y ética del discurso*, Paidós, Barcelona, 1991, ps. 147 y ss.

⁴ RUSCONI, Gian E., “Descender de la Cosmópolis”, en NUSSBAUM, Martha - RORTY, Richard y otros, *Cosmopolitas...*, cit., p. 89.

⁵ GUERRERO, Luis J., *Tres temas de filosofía en las entrañas del Facundo*, Docencia, Buenos Aires, 1981.

vieja generación ilustrada y la de esta nueva generación romántica. De ahí su originalidad, su autenticidad y su fuerza como primer manifiesto de una conciencia de nacionalidad argentina.

Mientras los hombres como Moreno, Belgrano y Rivadavia parecían ver a la naturaleza como un mundo pasivo a dominar, una suerte de arcilla a modelar a imagen y semejanza del hombre civilizado, los primeros textos de nuestros románticos (en especial *La cautiva* de Echeverría y el *Fragmento* de Alberdi) parecen rendirse ante ella, se extasían en pasiva actitud contemplativa y puramente poética ante el “desierto”.

En el *Facundo*, por su parte, la naturaleza, el desierto, la inmensidad de la Pampa, no es mera materia inerte que espera ser esculpida como en los ilustrados; más bien es vida, vida bárbara, con sus propios caracteres humanos y modos de sociabilidad. Pero tampoco es una forma de vida ante la que simplemente quepa la pasividad o éxtasis poético. Es una forma de vida en lucha con otra que le es totalmente antagónica: la civilización de las ciudades⁶. La una es tan (parcialmente) argentina como la otra y no es posible mantenerse espectador. Por eso el *Facundo* es ensayo sociológico y arma política. Y por eso también es literatura poética y programa civilizador: está escrito desde las entrañas mismas de la realidad que pretende explicar y transformar⁷. Y por eso también, finalmente, es un manifiesto de la nacionalidad como misión, como promesa a futuro, síntesis y producto inevitable de esa lucha entre la naturaleza bárbara y la civilización.

En el presente trabajo quiero apegarme a esa hipótesis general de lectura desarrollada por Guerrero. Mi intención es apoyarme en ella para ver cómo funciona específicamente respecto de ciertos temas en concreto. En primer término, ensayo una interpretación del famoso capítulo “Revolución de 1810” a partir de algunas ideas que Foucault ha desarrollado en nues-

⁶ “Si Sarmiento ha dejado atrás el esquema fisiocrático de los iluministas y el ensueño lírico de los románticos, es porque ha penetrado en el tema del paisaje nacional con una *conceptualización polémica*. Es el mal que hoy aqueja a la República Argentina, es el mal que hay que extirpar (...) No es, pues, un dato exterior, que pueda simplemente conmovernos en mayor o en menor grado. Es el signo de una *tarea* que debemos realizar. El paisaje patrio no es la pampa deshabitada, sino *moral y políticamente inhabitable*. Es el escenario de una vieja civilización —la civilización ibérica— que ha caído desarticulada en la barbarie y sólo se salvará por el esfuerzo interno de articulación de una nueva cultura” (GUERRERO, Luis J., *Tres temas...*, cit., p. 54).

⁷ Según Orgaz, “la alianza de la literatura con la ciencia —una ciencia *sui generis*, destinada a legitimar el movimiento democrático-liberal en Europa y América— parece constituir la fórmula historiográfica de entonces” (ORGAZ, Raúl A., *Obras completas*, t. II, “Sociología argentina”, “Sarmiento y el naturalismo histórico”, Assandri, Córdoba, sin fecha).

tros días acerca de la utilización del discurso historiográfico en Francia como instrumento de lucha política. Creo que las conclusiones del filósofo francés son válidas también para la interpretación que Sarmiento hace de la Revolución de Mayo y la subsiguiente guerra civil. Asimismo, intento mostrar que la dialéctica desplegada en este capítulo se completa natural y necesariamente con la Tercera Parte del libro (“Gobierno unitario” y “Presente y porvenir”), que notablemente fuera excluida en las ediciones segunda y tercera, pero reincorporada luego nuevamente a partir de la edición de 1874. Paso después al análisis de la idea compleja de nacionalidad que late en el *Facundo*, noción que, según entiendo, ha de comprenderse como sublimación o transmutación de los caracteres naturales del hombre argentino (que se hallan en estado bárbaro, sin moldear) bajo formas civilizadas, o sea, como síntesis de lo particular (nuestras peculiaridades, producto de la geografía) y lo universal (la civilización). Esa síntesis es en 1845 una misión a realizar y, a la vez, un mandato de la Providencia: la nacionalidad se encuentra entonces en el porvenir inmediato.

II. REVOLUCIÓN Y GUERRA SOCIAL

El capítulo del *Facundo* titulado “Revolución de 1810” es fundamental en varios sentidos: a) ofrece una explicación del proceso revolucionario argentino y su subsecuente guerra civil; b) discrimina categóricamente cuáles son los elementos enfrentados, qué representan y qué implican sociológicamente (civilización y barbarie); c) justifica la toma de partido del propio Sarmiento y, al mismo tiempo, erige al lector en juez de su causa. Sin embargo, si no se atiende a la complementariedad que existe entre este capítulo y la tercera parte del *Facundo*, puede quedar la errónea impresión de que Sarmiento y sus congéneres están sumados simplemente a uno de los dos elementos en conflicto (la civilización europea contra la naturaleza bárbara americana), lejos de presentarse como una síntesis superadora, integradora y comprensiva de ellos. Pero vayamos por partes: primero quiero hacer algunas consideraciones sobre la explicación histórica brindada por Sarmiento en el capítulo aludido (especialmente a la tesis de la “tercera entidad” y su empleo político), para pasar recién luego a la tesis de la nación como porvenir y la misión que en ello cabe al “cuarto elemento” (noción que aparece en la tercera parte del famoso y polémico libro).

En *Defender la sociedad*⁸, Foucault hace una serie de disquisiciones agudas acerca del papel de la figura del bárbaro en la historiografía francesa. Con la obra de Boulainvilliers, el bárbaro aparece como protagonista de la historia, la que, a su vez, es entendida como conflicto entre elementos dicotómicos; es decir: Boulainvilliers hace de la dualidad nacional (francos vs. galo-romanos) un principio de inteligibilidad de la historia que persigue un triple propósito⁹:

- a) re-encontrar el conflicto inicial, originario;
- b) sentar responsabilidades, culpas (buenos y malos); y
- c) restablecer la “correcta” relación de fuerzas, recuperar el punto constituyente.

Este modo de abordar la historia surge como reacción nobiliaria contra el absolutismo monárquico, pero se constituirá inmediatamente en el esquema básico de interpretación de las más variadas posiciones ideológicas y políticas. Por eso, subraya Foucault que no se trata de ideología, sino de táctica discursiva, arma política utilizada por todas las vertientes historiográficas posteriores¹⁰. En efecto, según interpreten (o depuren) el elemento “bárbaro” en la historia francesa para articular el *puzzle* “Constitución originaria - Revolución¹¹ - Barbarie - Dominación”, los historiadores monárquicos, los historiadores aristocráticos y los historiadores burgueses construirán sus diversos relatos históricos.

Mi intención ahora es mostrar cómo las agudas disquisiciones de Foucault se confirman también en la articulación discursiva del *Facundo*,

⁸ FOUCAULT, Michel, *Defender la sociedad*, trad. Horacio Pons, FCE, Buenos Aires, 1997.

⁹ FOUCAULT, Michel, *Defender...*, cit., ps. 176 y ss.

¹⁰ “...vemos cómo ese discurso, que en su origen había estado ligado a la reacción nobiliaria, se generalizó no tanto y no sólo por el hecho de haberse convertido, en cierto modo, en la forma regular y canónica del discurso histórico, sino en la medida en que pasó a ser un instrumento táctico no exclusivamente utilizable por la nobleza sino, en definitiva, en beneficio de una u otra estrategia. En efecto, a lo largo del siglo XVIII y por medio de cierta cantidad de modificaciones en las proposiciones fundamentales, desde luego, el saber histórico se convirtió, finalmente, en una especie de arma discursiva que podían utilizar y desplegar todos los adversarios del campo político. En suma, quería mostrarles que ese discurso histórico no debe tomarse como la ideología o el producto ideológico de la nobleza y de su posición de clase, y que en este caso no se trata de ideología; se trata de otra cosa, que intento justamente identificar y que sería, si me permiten decirlo, la táctica discursiva, un dispositivo de saber y poder que, precisamente, en cuanto táctica, puede transferirse y se convierte, en última instancia, en la ley de formación de un saber y, al mismo tiempo, en la forma común a la batalla política. Por lo tanto, generalización del discurso de la historia, pero en cuanto táctica” (FOUCAULT, Michel, *Defender...*, cit., p. 175).

¹¹ En el sentido etimológico de “volver a”.

específicamente en la interpretación sarmientina de la breve historia argentina desde mayo de 1810 hasta 1845, en que escribe su obra más famosa.

Las versiones monárquica¹² y aristocrática¹³ de la historia francesa son irrelevantes para mi propósito. Sí, en cambio, quiero detenerme en la versión que construirá la burguesía francesa, porque será el esquema fundamental que tomará Sarmiento para intentar una explicación de la Revolución de Mayo de 1810 que a su vez constituya un arma política en su lucha contra Rosas y los caudillos.

El relato historiográfico que diseñará la burguesía francesa disociará la ecuación francos-libertad (que en Boulainvilliers estaban identificados) para depositar esta última en el elemento urbano galo-romano previo a las invasiones germanas. Creo que vale la pena transcribir la explicación foucaultiana:

La tesis de Bréquigny y de Chapsal, que por su importancia se va a convertir en la tesis de los historiadores burgueses del siglo XIX (Augustin Thierry, Guizot), consiste en decir que, en el fondo, el sistema político de los romanos tenía dos niveles. Desde luego, en el nivel del gobierno central, de la gran administración romana, estamos, al menos desde el imperio, frente a un poder absoluto. Pero los romanos habían dejado a los galos las libertades originarias que les eran propias. De modo que la Galia romana era verdaderamente, en cierto sentido, una parte de ese gran imperio absolutista, pero estaba igualmente sembrada, penetrada por toda una serie de focos de libertad que eran, en el fondo, las viejas libertades galas o célticas, que los romanos dejaron vigentes y que seguirían funcionando en las ciudades, en esos famosos municipios del Imperio Romano en que, con una forma que, por otra parte, está tomada en mayor o menor medida de la vieja ciudad romana, se mantendrían en vigor las libertades arcaicas,

¹² “Los tres elementos —invasión, conquista, dominación— que, según Boulainvilliers, caracterizaban lo ocurrido en el momento de los francos vuelven a aparecer en Dubos, pero en este caso como fenómeno interno, debidos al nacimiento o correlativos al nacimiento de una aristocracia, como ven, artificial y completamente protegida, completamente independiente de la invasión franca y de la barbarie que traía consigo. Entonces, las luchas van a desencadenarse contra esa conquista, esa usurpación, esa invasión interior: el monarca, por un lado, y también las ciudades, que habían conservado la libertad de los municipios romanos, van a luchar juntos contra los señores feudales. (...) En el discurso de Dubos, de Moreau y de todos los historiadores monárquicos, tenemos la inversión, pieza por pieza, del discurso de Boulainvilliers (FOUCAULT, Michel, *Defender...*, cit., p. 186).

¹³ “En este otro tipo de discurso, se trata, esta vez, de disociar una libertad germánica, es decir, una libertad bárbara, del carácter exclusivo de los privilegios de la aristocracia. En otras palabras, se trata —en este aspecto, esta tesis, esta táctica, va a mantenerse muy cerca de la de Boulainvilliers— de seguir destacando, contra el absolutismo romano de la monarquía, las libertades que trajeron consigo los francos y los bárbaros” (FOUCAULT, Michel, *Defender...*, cit., p. 187).

las libertades ancestrales de los galos y los celtas. (...) La libertad pertenece a las ciudades. Y, precisamente, en la medida en que pertenece a las ciudades, va a poder luchar y convertirse en una fuerza política e histórica. Está claro que esas ciudades romanas serán destruidas cuando se produzca la invasión de los francos y los germanos. Pero unos y otros, campesinos nómades, en todo caso bárbaros, las ignoran y se instalan en el campo libre. Por lo tanto, descuidadas por los francos, las ciudades se reconstruyen y gozan, en ese momento, de una nueva prosperidad...

Como ven, esta vez tenemos una tesis que, mucho más que las anteriores (...), va a poder ser la tesis del Tercer Estado, porque es la primera vez que podrán articularse dentro del análisis histórico la historia de la ciudad, la historia de las instituciones urbanas y, también, la historia de la riqueza y de sus efectos políticos. Lo que se construye o al menos se esboza en esa historia es un tercer Estado que no se forma simplemente por las concesiones del rey sino gracias a su energía, a sus riquezas, a su comercio, gracias a un derecho urbano fuerte y elaborado, tomado, en parte, del derecho romano pero expresado también en la antigua libertad, es decir, la antigua barbarie gala¹⁴.

De estos párrafos quiero destacar algunos puntos para pasar luego a la explicación sarmientina de la Revolución de Mayo y la guerra civil argentina:

— Esta tesis es la que retomarán los historiadores franceses del siglo XIX, especialmente Guizot y Thierry, lecturas recurrentes de Sarmiento¹⁵.

¹⁴ FOUCAULT, Michel, *Defender...*, cit., ps. 189/190.

¹⁵ Así lo explica Halperin Donghi: “¿Qué leía Sarmiento en Thierry, en Sismondi, en Fauriel? Que la historia de Francia es la de una lucha de razas: desde las invasiones germánicas se enfrentan los francos invasores y los sojuzgados galorromanos. Los primeros forman la nobleza feudal; sus humillados adversarios comienzan por salvar la cultura antigua en las ciudades del Mediodía, forman luego las prósperas burguesías del Norte, se rebelan inútilmente en las *jacqueries*, reciben el apoyo de los monarcas y avanzan cada vez más decididamente hacia el poder. La Revolución parece ser el triunfo definitivo de los galorromanos, el desquite final de las invasiones; pero luego de 1815 los francos vuelven en la figura de los emigrados, empujan a Carlos X a una absurda política de reacción y son barridos en la Revolución de Julio” (HALPERÍN DONGHI, Tulio, “Facundo y el historicismo romántico”, en *Ensayos de historiografía*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1996, p. 26). Por su parte, Orgaz, si bien señala también la influencia de Guizot y Thierry (ORGÁZ, Raúl A., *Obras completas*, cit., t. II, p. 275), sostiene que la idea principal de la lucha entre civilización y barbarie proviene de Fenimore Cooper (ORGÁZ, Raúl A., *Obras completas*, cit., t. II, p. 297). Alberto Palcos, apunta que la noción de “guerra social” se debe a la influencia de Leroux y Fortoul (PALCOS, Alberto, *El Facundo*, Elevación, Buenos Aires, 1945); y que la idea de lucha entre civilización y barbarie proviene de los mitos primitivos (la leyenda griega de Prometeo y la persa de Ormuz y Ahrimán), así como de la directa percepción de la realidad argentina (PALCOS, Alberto, *El Facundo*, cit., ps. 70/71).

— La dicotomía nacional francos-galorromanos se transforma en la dicotomía barbarie-ciudad.

— Las ciudades son identificadas con las libertades y el progreso.

— Las libertades y el progreso, tarde o temprano, están destinadas a triunfar sobre la barbarie.

Como se ve, acá ya están resumidas, prácticamente, las tesis centrales del *Facundo*.

En efecto, en el capítulo III de la Primera Parte de *Facundo* (“Revolución de 1810”), Sarmiento ensaya una explicación de la guerra civil argentina en términos análogos a los de esa historiografía francesa del siglo XIX:

Como todas las guerras civiles en que profundas desemejanzas de educación, creencias y objetos dividen a los partidos, la guerra interior de la República Argentina ha sido larga, obstinada, hasta que uno de los elementos ha vencido. La guerra de la revolución argentina ha sido doble: primero, guerra de las ciudades, iniciada en la cultura europea, contra los españoles, a fin de dar mayor ensanche a esa cultura; segundo, guerra de los caudillos contra las ciudades, a fin de librarse de toda sujeción civil, y desenvolver su carácter y su odio contra la civilización. Las ciudades triunfan de los españoles, y las campañas de las ciudades. He aquí explicado el enigma de la revolución argentina, cuyo primer tiro se disparó en 1810, y el último aún no ha sonado todavía¹⁶.

Aquí, Sarmiento identifica los elementos dicotómicos del conflicto nacional, respectivamente, con las ciudades de cultura europea, por un lado, y la campaña bárbara y sus caudillos, por otro. Las ciudades galo-romanas de la historiografía burguesa francesa son reemplazadas aquí por las viejas ciudades españolas que se rebelan contra la metrópoli para ensanchar la cultura europea; los francos, por su parte, son reemplazados, en la explicación sarmientina, por los caudillos bárbaros de la campaña (y no es casual que Sarmiento los identifique permanentemente con la Edad Media¹⁷).

¹⁶ SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*, Losada, Buenos Aires, 1963, p. 63.

¹⁷ Un ejemplo: “La Mazorca, con los mismos caracteres, compuesta de los mismos hombres, ha existido en la Edad Media en Francia, en tiempo de las guerras entre los partidos de los Armagnac y del duque de Borgoña. (...) Poned en lugar de las cruz de San Andrés la cinta colorada; en lugar de las rosas coloradas, el chaleco colorado; en lugar de *cabochiens*, mazorqueros; en lugar de 1418, fecha de aquella sociedad, 1835, fecha de esta otra; en lugar de París, Buenos Aires; en lugar del duque de Borgoña, Rosas; y tendréis el plagio hecho en nuestros días. La Mazorca, como los *cabochiens*, se compuso en su origen de los carniceros y desolladores de Buenos Aires. ¡Qué instructiva es la Historia! ¡Cómo se repite a cada rato!...” (SARMIENTO, *Facundo*, cit., p. 202). Sobre esta asimilación de la realidad de la campaña argentina al feudalismo, ver WEINBERG, Félix, *Las ideas sociales de Sarmiento*, Eudeba, Buenos Aires, 1988, ps. 15 y ss.

El esquema táctico que Foucault detecta en la historiografía francesa desde Boulainvilliers en adelante se corrobora totalmente en esta versión de la breve historia argentina que ensaya Sarmiento:

a) Se determina el conflicto original entre dos elementos dicotómicos irreconciliables: el elemento feudal de la campaña *versus* el elemento civilizado de las ciudades

b) Se fijan responsabilidades (malos y buenos): el triunfo (provisorio) de los caudillos constituye la derrota (también provisoria) de los ideales revolucionarios de Mayo.

c) La “correcta” relación de fuerzas que hay que reconstituir, la constitución originaria, es ubicada en un punto histórico concreto: la Revolución de 1810, el proyecto civilizatorio y europeo de las ciudades¹⁸.

También se corrobora la intención política fundamental de este esquema historiográfico. El mismo Sarmiento fundamenta en esta explicación sus propias luchas:

Ésta es la historia de las ciudades argentinas. Todas ellas tienen que reivindicar glorias (civilización y notabilidades pasadas). Ahora el nivel barbarizador pesa sobre todas ellas. La barbarie del interior ha llegado a penetrar hasta las calles de Buenos Aires. Desde 1810 hasta 1840 las provincias que encerraban en sus ciudades tanta civilización fueron demasiado bárbaras, empero, para destruir con su impulso la obra colosal de la revolución de la independencia. Ahora que nada les queda de lo que en hombres, luces e instituciones tenían, ¿qué va a ser de ellas? La ignorancia y la pobreza, que es la consecuencia, están como las aves mortecinas esperando que las ciudades del interior den la última boqueada, para devorar su presa, para hacerlas campo, estancia. Buenos Aires puede volver a ser lo que fue, porque la civilización europea es tan fuerte allí, que a despecho de las brutalidades del gobierno se ha de sostener. Pero en las provincias, ¿en qué se apoyará? Dos siglos no bastarán para volverlas al camino que han abandonado, desde que la generación presente educa a sus hijos en la barbarie que a ella le ha

¹⁸ Como dice Palcos: “Sarmiento no se contenta con contar la historia del país y describir la vida de Facundo. Ofrece una explicación de nuestras luchas civiles, entendidas como el áspero choque entre la Civilización y la Barbarie, de las ciudades vueltas hacia Europa, como hacia un fanal de luz, y las campañas pastoras, sumergidas en el atraso ominoso. De golpe nuestras guerras civiles aparecen dignificadas; la sangre vertida a torrentes no es fruto de la bestialidad de contrincantes enceguecidos, sino de esa fuerza noble que levanta al hombre sobre la naturaleza y sobre sí mismo. El corazón de los enemigos de la tiranía se ensancha al amparo de su doctrina y recibe alientos titánicos para proseguir sin desmayos la batalla en la cual se brega al pie de una bandera tan pura” (PALCOS, Alberto, *El Facundo*, cit., ps. 38/39). Pero resulta muy importante, para no malinterpretar esta doctrina, tener presente la aclaración que hace Orgaz respecto de que “Sarmiento no habla de la ‘campaña’ en abstracto, sino de la campaña argentina de hace un siglo y, más concretamente, de la campaña pastora” (ORGAZ, Raúl A., *Obras completas*, cit., p. 308).

alcanzado. *Pregúntesenos ahora: ¿por qué combatimos? Combatimos por volver a las ciudades su vida propia*¹⁹.

Hasta aquí se observa cómo Sarmiento pone en términos dicotómicos el problema político argentino y cómo él mismo toma posición por el partido de las ciudades. Pero todavía no se ve con claridad el movimiento dialéctico por el cual esa lucha vaya a resolverse en una instancia superadora e integradora. Es decir, Sarmiento ha explicado el origen y las fuerzas de la guerra civil y ha tomado partido: y es inevitable hacerlo, ya que Rosas no puede dejar de ser lo que es, pero, ellos, los proscriptos, tampoco pueden dejar de ser lo que son. La nación será el resultado de la victoria final e indefectible de las ciudades, es decir, de la civilización, o sea, del espíritu sobre la naturaleza; pero, como la naturaleza, en Sarmiento no es la arcilla maleable que creían los ilustrados de la vieja generación, sino que es naturaleza viva, bárbara —y como tal, actuante—, ella dejará sus huellas en la futura nacionalidad; ella pondrá lo que de original y propio tenga la civilización argentina. Cómo se subliman esos caracteres propios y naturales en la futura nacionalidad ya lo veremos, pero por ahora anotemos esto: la naturaleza, la Pampa y sus caracteres humanos, han de sublimarse bajo formas civilizadas. La propia dialéctica del pensamiento sarmientino lleva a esto: primero, las ciudades vencen sobre la metrópoli española, luego, los partidos urbanos (unitarios y federales) se enfrentan y despiertan a esa “tercera entidad” dormida, la campaña bárbara, que triunfa sobre ambos (por más que la barbarie se autodesigne “federal”). ¿Cuál será el “cuarto elemento” que venga ahora a vencer a la campaña bárbara encarnada en el régimen rosista? No pueden ser los antiguos unitarios, ilustrados ellos y por ello mismo simple parcialidad del problema argentino; además ya no existen, han sido definitivamente derrotados, por más que Rosas se empecine en denominar a los emigrados “salvajes unitarios” (en verdad, ni Rosas tiene ya que ver con el antiguo partido federal, ni los emigrados con el antiguo partido unitario; ahora, los términos del conflicto son la naturaleza bárbara y la civilización exiliada). El “cuarto elemento” requerido ya existe y, muy dialécticamente, se ha formado en las instituciones ilustradas fundadas por Rivadavia, pero en las entrañas mismas del rosismo²⁰.

¹⁹ SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*, cit., ps. 69/70. (El destacado es del original).

²⁰ “La numerosa juventud que el Colegio de Ciencias Morales, fundado por Rivadavia, había reunido de todas las provincias, la que la Universidad, el Seminario y los muchos establecimientos de educación que pululan en aquella ciudad, que tuvo un día el candor de llamarse la Atenas americana, habían preparado para la vida pública, se encontraba sin foro, sin prensa, sin tribuna, sin esa vida pública, sin teatro, en fin, en que ensayar las fuerzas de una inteligencia juvenil y llena de actividad. (...) El romanticismo, el eclecticismo, el socia-

Y, precisamente, ese “cuarto elemento” es presentado en la Tercera Parte del *Facundo*; ese “cuarto elemento” es la nueva generación con la que Sarmiento se identifica; ese “cuarto elemento” es el futuro de la patria y, como tal, la síntesis requerida. Así lo expresa el propio Sarmiento:

La aplicación del nuevo sistema de Rosas había traído un resultado singular; a saber, que la población de Buenos Aires se había fugado y reuníase en Montevideo (...), adonde, por otra parte, con el bloqueo y la falta de seguridad individual, se habían trasladado el comercio de Buenos Aires y las principales casas extranjeras.

Hallábanse, pues, en Montevideo los antiguos unitarios, con todo el personal de la administración de Rivadavia, sus mantenedores, dieciocho generales de la República, sus escritores, los ex congresales, etc.; estaban allí, además, los federales de la “ciudad”, emigrados de 1833 en adelante; es decir, todas las notabilidades hostiles a la Constitución de 1826, expulsadas por Rosas con el apodo de “lomos negros”. Venían después los fautores de Rosas que no habían podido ver sin horror la obra de sus manos, o que sintiendo aproximarse a ellos el cuchillo exterminador, habían, como Tallien y los termidorianos, intentado salvar sus vidas y la patria, destruyendo lo mismo que ellos habían creado. *Últimamente había llegado a reunirse en Montevideo un cuarto elemento que no era el unitario, ni federal, ni ex rosista, y que ninguna afinidad tenía con aquéllos, compuesto de la nueva generación que habían llegado a la virilidad en medio de la destrucción del orden antiguo y la plantación del nuevo...*

El Salón Literario de Buenos Aires fue la primera manifestación de este espíritu nuevo. Algunas publicaciones periódicas, algunos opúsculos en que las doctrinas europeas aparecen mal digeridas aún, fueron sus primeros ensayos. Hasta entonces, nada de política, nada de partidos, aún había muchos jóvenes que, preocupados por las doctrinas históricas francesas, creyeron que Rosas, su gobierno, su sistema original, su reacción contra la Europa, era una manifestación nacional, americana, de una civilización, en fin, con sus caracteres y formas peculiares. No entraré a apreciar ni la importancia real de estos estudios ni las fases incompletas, presuntuosas y aun ridículas que presentaba aquel movimiento literario; eran ensayos de fuerzas inexpertas y juveniles que no merecerían recuerdo si no fuesen precursores de un movimiento más fecundo en resultados. Del seno del Salón Literario se desprendió un grupo de cabezas inteligentes que,

lismo, todos aquellos diversos sistemas de ideas tenían acalorados adeptos, y el estudio de las teorías sociales se hacía a la sombra del despotismo más hostil a todo desenvolvimiento de ideas. El doctor Alsina, dando lección en la Universidad sobre legislación, después de explicar lo que era el despotismo, añadía esta frase final: ‘En suma, señores, ¿quieren ustedes tener una idea cabal de lo que es el despotismo? Ahí tienen ustedes el gobierno de don Juan Manuel de Rosas con facultades extraordinarias’. Una lluvia de aplausos siniestros y amenazadores ahogaba la voz del osado catedrático” (SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*, cit., p. 221).

asociándose secretamente, proponíase formar un carbonarismo que debía echar en toda la República las bases de una reacción civilizada contra el gobierno bárbaro que había triunfado.

Tengo, por fortuna, el acta original de esta asociación a la vista, y puedo con satisfacción contar los nombres que la suscribieron. Los que los llevan están hoy diseminados por Europa y América, excepto algunos que han pagado a la patria su tributo con una muerte gloriosa en los campos de batalla. Casi todos los que sobreviven son hoy literatos distinguidos, y si un día los poderes intelectuales han de tener parte en la dirección de los negocios en la República Argentina, muchos y muy completos instrumentos hallará en esta escogida pléyade largamente preparada por el talento, el estudio, los viajes, la desgracia y el espectáculo de los errores y desaciertos que han presenciado o cometido ellos mismos²¹.

Estos párrafos de la Tercera Parte de *Facundo* son continuación de la explicación dialéctica desplegada en el capítulo IV de la Primera: vienen a completar aquella explicación con una proyección al futuro. Existe un “cuarto elemento”, la nueva generación a la que el propio Sarmiento pertenece, nutrida intelectualmente en las más recientes y científicas teorías sociales europeas, pero también en las experiencias recogidas del fracaso unitario, de la tiranía, de la guerra civil y de su propio exilio. Este “cuarto elemento” es el germen de la futura nacionalidad auténticamente argentina, o sea, síntesis integradora del espíritu y la materia, de la civilización europea y la naturaleza americana. La peculiaridad de esa síntesis no será otra cosa que la sublimación de nuestros caracteres naturales (plásticamente descriptos en la Primera Parte del *Facundo*) bajo formas civilizadas o, lo que es lo mismo, el modo argentino de la civilización²². Detrás de todo, obviamente, está la Providencia, el destino inexorable que ha decretado un futuro de grandeza para los argentinos²³.

²¹ SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*, cit., ps. 220/222. (El destacado es del original).

²² Ver PALCOS, Alberto, *El Facundo*, cit., ps. 20/21 y 35.

²³ Como se ve, el pensamiento social de Sarmiento —al menos en el *Facundo*— es claramente dialéctico, y esa visión dialéctica de la sociedad ha sido atribuida con razón a la influencia de Cousin y, a través de él, a los ecos lejanos pero audibles de Hegel (ORGÁZ, Raúl A., *Obras completas*, cit., t. II, ps. 289 y ss., especialmente p. 291). Por su parte, Ezequiel Martínez Estrada ve en Sarmiento un pensador no sólo dialéctico, sino también materialista y pragmático, aunque —aclara— jamás podría haber sido marxista porque reduce el problema de la lucha de clases al de la lucha contra la ignorancia (MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel, *Sarmiento*, Buenos Aires, 1969, p. 144). Guerrero, por el contrario, se niega a ver a Sarmiento como pragmatista (GUERRERO, Luis J., *Tres temas...*, cit., p. 59).

III. SUBLIMACIÓN DE LOS CARACTERES NATURALES

En la Primera Parte del *Facundo*, Sarmiento pinta algunos caracteres naturales de los argentinos; el desierto ha conformado una serie de tipos humanos con rasgos peculiares y notables. Pero es importante observar que esos rasgos que la naturaleza hostil ha impreso en los argentinos no son negativos en sí mismos, no son defectos, sino más bien virtudes potenciales: ya esos gauchos han asombrado al mundo por su coraje en los ejércitos que recorrieron medio continente²⁴. La sublimación de esta naturaleza bajo formas civilizadas será en el futuro la base de una nación llamada a descollar entre las naciones²⁵; por ahora, todas esas cualidades naturales que Sarmiento observa en el hombre de nuestra campaña están desperdiciadas, no encuentran un cauce civilizado para fructificar, constituyen un “exceso de vida” que no encuentra canalización legítima para redituarse socialmente:

¿Creeráse que estas proezas, la destreza y la audacia en el manejo del caballo, son la base de las grandes ilustraciones que han llenado con su nombre la República Argentina, y cambiado la faz del país? Nada es más cierto, sin embargo. No es mi ánimo persuadir a que el asesinato y el crimen hayan sido siempre una escala de ascensos. Millares son los valientes que han parado en bandidos oscuros; pero pasan de centenares los que a esos hechos han debido su posición. En todas las sociedades despotizadas las grandes dotes naturales van a perderse en el crimen; el genio romano que conquistara el mundo es hoy el terror de los Lagos Pontinos, y los Zumalacárregui, los Mina, españoles, se encuentran a centenares en Sierra Leona. Hay una necesidad para el hombre de desenvolver sus fuerzas, su capacidad y su ambición; que, cuando faltan los medios legítimos, él se forja un mundo con su moral y sus leyes aparte, y en él se complace en mostrar que había nacido Napoleón o César²⁶.

²⁴ El general La Madrid es un cabal ejemplo del “espíritu gaucho, civilizado y consagrado a la libertad”. Y lo es, no tanto por su fabulosa valentía, sino por ser oficial de caballería y cantor (SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*, cit., p. 112).

²⁵ Así lo explica Palcos: “De tal guisa, se opera un doble proceso de absorción: La Pampa absorbe al hombre y lo anonada, mas al atardecer el hombre se recupera a sí mismo, reabsorbe a la Pampa y la devuelve convertida en pensamiento y armonía. Por dura, brutal y errabunda que haya sido la existencia del gaucho, se presenta aureolada por cierta espiritualidad que la ennoblece y su estampa varonil sobrevivirá en el recuerdo de las generaciones y será eterna, como los monumentos literarios que describen sus proezas” (PALCOS, Alberto, *El Facundo*, cit., p. 36).

²⁶ SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*, cit., p. 55.

Y Facundo Quiroga es la mejor ejemplificación de todo esto: no sólo es interesante y representativo²⁷ por lo que efectivamente fue, sino también por lo que pudo haber sido bajo otras circunstancias. Sarmiento ve en él un símbolo de la Argentina de su época, pero también toda la potencialidad de la Argentina futura:

...en Facundo Quiroga no veo un caudillo simplemente, sino una manifestación de la vida argentina tal como la han hecho la colonización y las peculiaridades del terreno, a lo cual creo necesario consagrar una seria atención, porque sin esto la vida y los hechos de Facundo Quiroga son vulgaridades que no merecerían entrar sino episódicamente en el dominio de la historia. Pero Facundo, en relación con la fisonomía de la naturaleza grandiosamente salvaje que prevalece en la inmensa extensión de la República Argentina; Facundo, expresión fiel de una manera de ser de un pueblo, de sus preocupaciones e instintos; Facundo, en fin, siendo lo que fue, no por un accidente de su carácter, sino, por antecedentes inevitables y ajenos a su voluntad, es el personaje histórico más singular, más notable, que puede presentarse a la contemplación de los hombres que comprenden que un caudillo que encabeza un gran movimiento social no es más que el espejo en que se reflejan, en dimensiones colosales, las creencias, las necesidades, preocupaciones y hábitos de una nación en una época dada de su historia²⁸.

Es decir, Sarmiento ve en Facundo Quiroga al “hombre de la naturaleza que no ha aprendido aún a contener o a disfrazar sus pasiones; que las muestra en toda su energía, entregándose a toda su impetuosidad”²⁹, pero “sin ser por eso estúpido y sin carecer de elevación de miras”³⁰. Y Facundo (“expresión fiel de una manera de ser de un pueblo”, como se vio) es un diamante en bruto, una cantera de potencialidades para el orden civilizado. Son abundantes los pasajes donde Sarmiento subraya que esos rasgos naturales se verían sublimados de forma positiva dentro de una sociedad civilizada³¹; pero creo suficiente aquí transcribir el siguiente:

Facundo tenía la rabia del juego, como otros la de los licores, como otros la del rapé. Un alma poderosa, pero incapaz de abrazar una grande esfera de ideas,

²⁷ Según Orgaz (*Obras completas*, cit., t. II, ps. 289 y ss.), la tesis del hombre representativo, del grande hombre, Sarmiento la toma, adaptación mediante, de Cousin.

²⁸ SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*, cit., p. 20.

²⁹ SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*, cit., p. 80.

³⁰ SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*, cit., p. 81.

³¹ V.gr., SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*, cit., ps. 36, 55, 74, 80-82, 94, 183 y ss., etc. Pero el siguiente no tiene desperdicio: “No digo en los partidarios de Rosas, en los mazorqueros mismos hay, bajo las exterioridades del crimen, virtudes que un día deberían premiarse. Millares de vidas han sido salvadas por los avisos que los mazorqueros daban secretamente a las víctimas que la orden recibida les mandaba inmolar” (p. 239).

necesitaba esta ocupación ficticia en que una pasión está en continuo ejercicio, contrariada y halagada a la vez, irritada, excitada, atormentada. Siempre he creído que la pasión del juego es en los más casos una buena cualidad de espíritu que está ociosa por la mala organización de la sociedad. Estas fuerzas de voluntad, de abnegación y de constancia, son las mismas que forman las fortunas del comerciante emprendedor, del banquero y del conquistador que juega imperios a las batallas³².

Esas ricas potencialidades de la vida bárbara eran lo que parecían ignorar los de la vieja generación ilustrada: su idea de civilización era abstracta; paradójicamente eran ilustrados ignorantes de la realidad en que se movían³³. Y éste es el conocimiento que traen consigo los jóvenes de la nueva generación, el “cuarto elemento” destinado a forjar la auténtica nacionalidad, la forma argentina de la civilización. Tal vez esta idea se ve más claramente cuando Sarmiento alude al desarrollo de la literatura nacional. Precisamente, al comenzar el capítulo II de la Primera Parte, destinado a describir la “Originalidad y caracteres argentinos: el rastreador, el baqueano, el gaucho malo, el cantor”, Sarmiento escribe:

Si un destello de literatura nacional puede brillar momentáneamente en las nuevas sociedades americanas, es el que resultará de la descripción de las grandiosas escenas naturales, y sobre todo de la lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena, entre la inteligencia y la materia; lucha imponente en América, y que da lugar a escenas tan peculiares, tan características y tan fuera del círculo de ideas en que se ha educado el espíritu europeo, porque los resortes dramáticos se vuelven desconocidos fuera del país donde se toman, los usos sorprendentes, y originales los caracteres³⁴.

Es decir, en la futura nación, no sólo los rasgos originales del hombre argentino hallarán cauce civilizado para desarrollarse socialmente, sino que toda la naturaleza bárbara misma encontrará su lugar sublimándose en literatura³⁵. Esta hermosa síntesis de América y Europa, de naturaleza y

³² SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*, cit., p. 94.

³³ La descripción del unitario ilustrado, divorciado de la realidad circundante, está magistralmente trazada (combinando dureza y admiración) en el capítulo III de la Segunda Parte, “Sociabilidad. Córdoba. Buenos Aires (1825)” (SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*, cit., ps. 106 y ss).

³⁴ SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*, cit., p. 38.

³⁵ Así lo explica Palcos: “Desde la publicación del *Facundo*, Sarmiento adentra, en multitud de trabajos, en el corazón de la historia y del paisaje nacional, abriendo rumbos a la literatura argentina (...) He aquí el rico venero, el venero inagotable. Cada pueblo aporta a la letras lo característico de su tierra y del hombre criado a su amparo. Sin duda, esencialmente la criatura humana es idéntica bajo todas las latitudes, pero en cada parte se presenta

civilización, es la nacionalidad que, como misión, deberá forjar el “cuarto elemento”, la nueva generación. Por ello no resulta casual la mención de Echeverría como iniciador y símbolo de esta labor integradora; Echeverría, el “cajetilla” de frac y monóculo que se mueve en los fogones gauchos como un payador más y obtiene el respeto y la veneración del paisanaje³⁶. En el mismo pasaje donde Sarmiento lo corona como primer bardo de nuestra literatura, también marca la diferencia con la vieja generación ilustrada (los poetas unitarios Varela) que ignoraban la realidad que los rodeaba hasta en la literatura:

No de otro modo nuestro joven poeta Echeverría ha logrado llamar la atención del mundo literario español con su poema titulado *La cautiva*. Este bardo argentino dejó de lado a Dido y Arjea, que sus predecesores los Varelas trataron con maestría clásica y estilo poético, pero sin suceso y sin consecuencia, porque nada agregaban al caudal de nociones europeas, y volvió sus miradas al desierto, y allá en la inmensidad sin límites, en las soledades en que vaga el salvaje, en la lejana zona de fuego que el viajero ve acercarse, cuando los campos se incendian, halló las inspiraciones que proporciona a la imaginación el espectáculo de una naturaleza solemne, grandiosa, incommensurable, callada, y entonces el eco de sus versos pudo hacerse oír con aprobación aun por la península española³⁷.

El tema de la literatura nacional no es baladí y menos aún si se atiende al hecho de que el carácter poético de los argentinos es uno de sus rasgos más destacables y auténticos, según Sarmiento. Todas las primeras páginas de este capítulo del *Facundo* subrayan esta cualidad natural del hombre de nuestras campañas. Y por eso tampoco resulta secundario que Sarmiento, en su afán por demostrar el falso argentinismo del régimen de Rosas (encubierto en un chauvinismo que alega lo contrario), recargue sus tintas en la muerte de la poesía entre las huestes del Restaurador. Ya habíamos visto cómo Sarmiento presenta a la pretendida originalidad americanista del rosismo como una versión local del orden medieval europeo (Rosas no ha inventado nada; su sistema es el que regía en Europa en el siglo XV: feudalismo —o estancia— e inquisición)³⁸. Ahora, después de haber mostrado

con rasgos propios. Así entendido, lo nacional enriquece lo universal. Constituye uno de los órganos necesarios de expresión para presentar al alma humana bajo todos sus aspectos, en la infinita variedad de sus matices. Y la misión de la literatura consiste en captar a su vez, en las profundidades del alma nacional, el genuino sello humano que lo timbra. Cuando ello ocurra en esta parte del continente, las letras americanas representarán *algo* dentro de las letras mundiales” (PALCOS, Alberto, *El Facundo*, cit., ps. 20/21).

³⁶ SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*, cit., p. 43.

³⁷ SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*, cit., p. 39.

³⁸ SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*, cit., ps. 201/206.

en la Primera Parte del libro que el hombre argentino es esencialmente poeta, agrega:

Que en cuanto a la literatura, la República Argentina es hoy mil veces más rica que lo que fue jamás en escritores capaces de ilustrar a un Estado americano. Si quedara duda con todo lo que he expuesto de que la lucha actual de la República Argentina lo es sólo de civilización y barbarie, bastaría para probarlo el no hallarse del lado de Rosas un solo escritor, un solo poeta, de los muchos que posee aquella joven nación. Montevideo ha presenciado durante tres años consecutivos las justas literarias del 25 de Mayo, día en que veintena de poetas inspirados por la pasión por la patria se han disputado un laurel. ¿Por qué la poesía ha abandonado a Rosas?

¿Por qué ni rapsodias produce hoy el suelo de Buenos Aires, en otro tiempo tan fecundo de cantares y rimas? Cuatro o cinco asociaciones existen en el extranjero de escritores que han emprendido compilar datos para escribir la historia de la República, tan llena de acontecimientos, y es verdaderamente asombroso el cúmulo de materiales que han reunido de todos los puntos de América: manuscritos, impresos, documentos, crónicas antiguas, diarios, viajes, etc. La Europa se asombrará un día cuando tan ricos materiales vean la luz pública y vayan a engrosar la voluminosa colección de que Angelis no ha publicado sino una pequeña parte³⁹.

Una vez más: si el argentino es esencialmente poeta, la auténtica Argentina es la que está exiliada; ya ni poetas quedan en el territorio de los argentinos. Y una vez más, esta Argentina exiliada es la de la Nueva Generación, la de Sarmiento mismo, la del futuro. Si todo esto es correcto, tiene razón Luis Juan Guerrero cuando ve en Sarmiento al mismísimo gaucho cantor transformado en literato; y en este sentido, el *Facundo* resulta una expresión auténtica de esa naturaleza sublimada en literatura: su propia indefinibilidad como género, mezcla de poesía y ciencia social, es también un símbolo de la síntesis entre nuestros peculiares caracteres naturales y la inteligencia universal, entre América y Europa. En otras palabras, la unidad sintética de lo particular y lo universal sobre la que ha de edificarse la nacionalidad auténtica⁴⁰. Si *Facundo* Quiroga encarna el modo natural (en bruto) de ser de un pueblo, Sarmiento encarna ese mismo modo de ser sublimado bajo formas civilizadas. Así lo explica el propio Guerrero, atribuyendo estos rasgos del *Facundo* a la influencia de Vico:

La identificación viquiana de poesía e historia, como característica fundamental de las épocas bárbaras, creía Sarmiento haberla encontrado en los can-

³⁹ SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*, cit., p. 235.

⁴⁰ Cfr. PALCOS, Alberto, *El Facundo*, cit., ps. 20-21.

tares populares que seguían difundiendo, de pago en pago, las hazañas de Juan Facundo Quiroga, años después de su muerte.

Último gaucho cantor, nuestro don Domingo Faustino Sarmiento, pero ya sobre el filo de los tiempos, quiere darnos, con la historia de su héroe, la clave del futuro.

Porque también enseñaron Vico y Herder, y difundieron los románticos, que el poeta es el conductor vidente de un pueblo en marcha y que la verdadera poesía es la expresión del apretado conjunto de afanes inconscientes y anónimos que constituyen el destino de las naciones en el proceso de su organización⁴¹.

Así como, según Vico, los poemas homéricos cantan y encarnan el tránsito de la barbarie primitiva a la primera civilización griega —y así como Dante haría lo propio respecto de la civilización italiana resurgiendo de la barbarie medieval—, según Guerrero, Sarmiento en su *Facundo*, describe (¿canta?) en clave poética el drama del nacimiento de la civilización argentina⁴². Y por eso sería un libro fundacional de nuestra nacionalidad:

Sarmiento le pide a Facundo que nos revele su secreto. Y juntos Sarmiento y Facundo —juntos por toda la eternidad en las páginas del libro inmortal— nos revelan el secreto de la Patria y nos enseñan un camino, que es camino de formación interior a través de la acción⁴³.

Así, la nacionalidad se presenta como misión a realizar y como porvenir. Y el *Facundo* es a la vez una narración épica, un ensayo sociológico, un manifiesto político y una profecía patriótica⁴⁴.

IV. NACIÓN, PORVENIR Y CONSTITUCIÓN

Si los caracteres naturales del hombre de nuestras campañas han de brindar grandes frutos bajo formas civilizadas; si la pampa bárbara toda ha de sublimarse en una riquísima literatura nacional; si el propio Sarmiento y su *Facundo* (el gaucho cantor transformado en hombre de letras⁴⁵) son un símbolo de esta síntesis de naturaleza y civilización, de la barbarie devenida auténtica argentinidad civilizada; en fin, si todo esto es la misión y será la obra de la Nueva Generación, del “cuarto elemento”, entonces, la

⁴¹ GUERRERO, Luis J., *Tres temas...*, cit., p. 58.

⁴² GUERRERO, Luis J., *Tres temas...*, cit., p. 57. En igual sentido, PALCOS, Alberto, *El Facundo*, cit., p. 37.

⁴³ GUERRERO, Luis J., *Tres temas...*, cit., p. 68.

⁴⁴ PALCOS, Alberto, *El Facundo*, cit., ps. 42/43 y 45.

⁴⁵ O sea, del hombre natural devenido civilizado... ¡De Facundo Quiroga transformado en Domingo F. Sarmiento!

nacionalidad no puede estar sino en el porvenir... Un porvenir al parecer no muy lejano, un porvenir que comienza a aclararse, pero que al fin y al cabo es un por-venir⁴⁶.

Y esa conciencia de porvenir también hunde sus raíces en la dialéctica desatada por la irrupción de los ideales de Mayo en nuestra naturaleza geográfica y demográfica:

¿Cómo ponerle rienda al vuelo de la fantasía del habitante de una llanura sin límites, dando frente a un río sin ribera opuesta, a un paso de la Europa, sin conciencia de sus propias tradiciones, sin tenerlas en realidad; un pueblo nuevo, improvisado, y que desde la cuna se oye saludar pueblo grande? ¡*Al gran pueblo argentino, salud!*⁴⁷.

Una vez desatada esa dialéctica de civilización-barbarie —o inteligencia y naturaleza—, un pueblo entra en el sendero de la historia, comienza a emerger de la naturaleza para proyectarse a un futuro que le es propio y que, de alguna manera, le está trazado. El espíritu federal no es más que una etapa en el desarrollo de las naciones: la etapa durante la cual se disuelven sus antiguos vínculos y comienzan a forjarse los nuevos⁴⁸. La Providencia ya ha escrito su suerte. Los hombres pueden acompañar conscientemente sus designios o tratar, reaccionaria y torpemente, de oponerse a ellos obligándola a realizar su obra por sí misma y por el camino más doloroso:

Pero la República Argentina está geográficamente constituida de tal manera, que ha de ser unitaria siempre, aunque el *rótulo de la botella* diga lo contrario. Su llanura continua, sus ríos confluentes a un puerto único, la hacen fatalmente 'una e indivisible'. Rivadavia, más conocedor de las necesidades del país [lo está comparando con Rosas⁴⁹], aconsejaba a los pueblos que se uniesen bajo una constitución común, haciendo nacional el puerto de Buenos Aires. Agüero, su eco en el Congreso, decía a los porteños con su acento magistral y unitario: '*Demos voluntariamente a los pueblos lo que más tarde nos reclamarán con las armas en la mano*'.

El pronóstico falló por una palabra. Los pueblos no reclamaron de Buenos Aires el puerto con las armas, sino con la *barbarie*, que le mandaron en Facundo y Rosas. Pero Buenos Aires se quedó con la barbarie y el puerto, que sólo a Rosas

⁴⁶ Cfr. GUERRERO, Luis J., *Tres temas...*, cit., ps. 59 y ss. Ver también PALCOS, Alberto, *El Facundo*, cit., p. 45.

⁴⁷ SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*, cit., p. 105.

⁴⁸ SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*, cit., p. 108.

⁴⁹ Esta aclaración entre corchetes me pertenece.

ha servido y no a las provincias. De manera que Buenos Aires y las provincias se han hecho el mal mutuamente sin reportar ninguna ventaja⁵⁰.

Y ya en las páginas finales del *Facundo*, Sarmiento agrega:

Pero no vaya a creer que Rosas no ha conseguido hacer progresar la República que despedaza, no; es un grande y poderoso instrumento de la Providencia, que realiza todo lo que al porvenir de la patria interesa. Ved cómo. Existía antes de él y de Quiroga el espíritu federal en las provincias, en las ciudades, en los federales y en los unitarios mismos; él lo extingue, y organiza en provecho suyo el sistema unitario que Rivadavia quería en provecho de todos. Hoy todos esos caudillejos del interior, degradados, envilecidos, tiemblan de desagrado y no respiran sin su consentimiento. La idea de los unitarios está realizada, sólo está de más el tirano; el día que un buen gobierno se establezca, hallará las resistencias locales vencidas y todo dispuesto para la *unión*.

La guerra civil ha llevado a los porteños al interior y a los provincianos de unas provincias a otras. Los pueblos se han conocido, se han estudiado y se han acercado más de lo que el tirano quería; de ahí viene su cuidado de quitarles los correos, de violar la correspondencia y vigilarlos a todos. La *unión* es íntima.

Existían antes dos sociedades diversas: las *ciudades* y las *campañas*; echándose las campañas sobre las *ciudades*, se han hecho ciudadanos los gauchos y simpatizado con la causa de las ciudades⁵¹.

Es decir, lo que los bienintencionados unitarios no supieron lograr, por torpeza o por miopía, la Providencia viene a realizarlo con los medios más duros: utilizando a Rosas como instrumento de sus designios. La unidad estaba decretada por las buenas o por las malas, y se hizo por las malas. Rivadavia quería la unión, a la que estábamos llamados por la Providencia, bajo una constitución; la campaña —esa “tercera entidad dormida”— se levantó contra él y las ciudades; y la Providencia debió realizar por otros medios sus designios: la unión se logró a través de la barbarie como sistema, esto es, a través de Rosas. Ahora, para que se cierre totalmente el ciclo, sólo sobra el tirano y falta una constitución. La guerra civil y la tiranía son el crisol donde los caracteres naturales han forjado al futuro hombre argentino, el “cuarto elemento” síntesis de naturaleza e inteligencia. Falta poco: el parto ya termina y nace la auténtica nacionalidad, pues:

Lo que la República Argentina necesita antes de todo, lo que Rosas no le dará jamás, porque ya no le es dado darle, es que la vida, la propiedad de los hombres, no está pendiente de una palabra indiscretamente pronunciada, de un capricho del que manda. Dadas estas dos bases, seguridad de la vida y de la propiedad,

⁵⁰ SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*, cit., ps. 108/109.

⁵¹ SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*, cit., ps. 230/231.

la forma de gobierno, la organización política del Estado, la dará el tiempo, los acontecimientos, las circunstancias. Apenas hay un pueblo en América que tenga menos fe que el argentino en un pacto escrito, en una Constitución. Las ilusiones han pasado ya; la constitución de la República se hará sin sentir, de sí misma, sin que nadie se la haya propuesto. Unitaria, federal, mixta, ella ha de salir de los hechos consumados⁵².

Y en esto también Facundo Quiroga tiene algo que mostrarnos. También es, en sus últimos días, un símbolo de este nuevo argentino, de este gaucho devenido ciudadano. Es el ex montonero que todavía viste poncho, pero que habla de Constitución, se proclama unitario y reivindica a sus viejos enemigos, Rivadavia y Lavalle⁵³.

V. PALABRAS FINALES

En las páginas anteriores he intentado mostrar cómo la idea de “nación” que subtiende todo el *Facundo* está proyectada al futuro. Para Sarmiento —al menos en *Civilización y barbarie*— la argentinidad propiamente dicha *está próxima a nacer* y será la resultante final de las luchas desatadas por la revolución y la guerra civil: la transmutación o sublimación de los caracteres naturales del hombre americano bajo formas civilizadas. Así, la nacionalidad no es otra cosa que el modo argentino de la civilización, la síntesis de lo particular y lo universal⁵⁴.

Como escribe Luis J. Guerrero:

Quedamos, pues, en que la formación de la nacionalidad argentina, que en lejanía se nos presenta como el cumplimiento de un mandato providencial, es, ante todo, una tarea de superación dialéctica de las circunstancias, en la acción de todos los días y de todos los años, viviendo entre las cosas pequeñas y muriendo por las causas grandes. O, como dice Sarmiento en el *Facundo*: ‘La Providencia realiza las grandes cosas por medios insignificantes e inapercibibles, y la unidad

⁵² SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*, cit., p. 238.

⁵³ SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*, cit., ps. 183 y ss.

⁵⁴ Como aclara F. Weinberg: “La simpatía que despertaban en Sarmiento los aportes culturales y socioeconómicos de Europa Occidental y de Estados Unidos no significaba una actitud de satelismo consciente —como alguna vez se ha insinuado—, sino una exteriorización de su apertura a los tiempos modernos que aquellos países simbolizaban. No fue nunca un ciego seguidor de ajenos modelos, como lo demuestran sus severas y públicas críticas a errores, lacras y carencias de aquellas sociedades. Y todo esto lo dijo y lo escribió pensando en nuestro país, en la necesidad de conformarlo a la medida de las exigencias nacionales de la época pero sin las sombras e insuficiencias advertidas en otros horizontes” (WEINBERG, Félix, *Las ideas...*, cit., ps. 18/19).

bárbara de la República va a iniciarse a causa de que un gaucho malo ha andado de provincia en provincia levantando tapias y dando puñaladas’.

Por consiguiente, la Nación Argentina no se logrará plenamente mediante un acto de voluntad política, ni se agotará en un sentimiento histórico. Tiene que ser la obra perdurable y contradictoria —por eso dialéctica— del destino, ciego en sus fatalidades, vidente en sus perspectivas. Obra de previsión que gobierna a la acción⁵⁵.

Puede sorprender que un romántico como Sarmiento proyecte su idea de nación al futuro en vez de buscarla en el fondo de la historia, en el pasado. Esto puede deberse, entre otras cosas, a que —como postula la hipótesis de Luis J. Guerrero— el *Facundo* no es una obra más dentro del romanticismo argentino, sino una síntesis magistral de las vertientes filosóficas que se sucedieron en el Plata desde 1810 hasta 1845: iluminismo y romanticismo. En este sentido, la idea de nación *por advenir y construir* (y no meramente *por descubrir* o *por re-construir*) daría cuenta del momento racionalista ilustrado de la obra. Sin embargo, considero que este aspecto proyectivo del libro no resulta incompatible con el único romanticismo posible accesible a su generación: ¿Cómo buscar en el pasado un sentido de nación en un país que aún no tenía historia? Sarmiento delinea una idea de nación a partir de los pocos hechos con que se podía contar: la Revolución de Mayo, la fracasada experiencia rivadaviana y el triunfo provisorio (no podía ser de otra manera) de la tiranía rosista. Con estos elementos no había otra salida que proyectarse al futuro; de otra manera, nuestros románticos hubieran debido caer, paradójicamente, en la negación misma de la nacionalidad y la consiguiente reivindicación del orden colonial previo a la Revolución. Quiero decir: si Sarmiento no busca en el pasado histórico la “esencia” de la nacionalidad —y en cambio la proyecta al futuro— es porque la historia misma está ausente; también ella se halla adelante y no atrás.

En efecto, si las apreciaciones desarrolladas en este breve *paper* son correctas, la realidad social que Sarmiento categoriza como “barbarie” (la campaña pastora que conserva intactas sus formas desde los tiempos coloniales) viene a ser el no-tiempo, la no-historia, una suerte de presente eterno sin pasado ni futuro. Son los ruidos de la revolución urbana contra la metrópoli los que despiertan a esa “tercera entidad dormida” introduciéndola a su disgusto en las convulsiones de la historia, del cambio y del devenir. La lucha entre civilización y barbarie no pone solamente frente a frente a dos opuestas realidades geográficas (la campaña pastora y la ciudad); pone frente a frente, ante todo, a dos temporalidades, la medieval y

⁵⁵ GUERRERO, Luis J., *Tres temas...*, cit., ps. 62/63.

la moderna. Por esto es que Sarmiento puede ver (o cree ver) en las luchas civiles de su tiempo el principiar de la historia de un pueblo, su entrada en el mundo y sus primeros pasos como nación en proceso de formación⁵⁶.

Subyace a todo esto una cierta filosofía de la historia que encontramos sintéticamente explícita en *Viajes*, texto escrito apenas un par de años después que el *Facundo*. Allí dice Sarmiento:

Desde que haya una escuela en una villa, una prensa en una ciudad, un buque en el mar y un hospicio para enfermos, la democracia y la igualdad comenzarán a existir. El resultado de todo esto es que la masa en elaboración es inmensa, que *no hay naciones o pueblos propiamente dichos* y que la libertad individual está en cada punto del globo apoyada por la humanidad civilizada entera; y cuando hubiese un pueblo que se inclinase a entrar en el ciclo fatal del despotismo que se les asigna, el espectáculo, la influencia de cien otros que entran en el período de libertad lo retendrán en la fatal pendiente. *El primer período del ciclo fue la antropofagia. ¿Qué pueblo ha vuelto a recorrerlo una vez salido de él? El último es la democracia*⁵⁷.

Y más adelante, hablando de Fourier, agrega:

Las sociedades modernas tienden a la igualdad; no hay ya castas privilegiadas y ociosas; la educación que completa al hombre, se da oficialmente a todos sin distinción, la industria crea necesidades y la ciencia abre nuevos caminos de satisfacerlas, hay ya pueblos en que todos los hombres tienen derecho de gobernar por el sufragio universal; la grande mayoría de las naciones padece; las tradiciones se debilitan, y un momento ha de llegar en que esas masas que hoy se sublevan por pan, pidan a los parlamentos que discuten las horas que deben trabajar, una parte de las utilidades que su sudor da a los capitalistas. Entonces la política, la constitución, la forma de gobierno, quedarán reducidas a esta simple cuestión: ¿Cómo han de entenderse los hombres iguales entre sí, para proveer a

⁵⁶ Explica Weinberg: "...para Sarmiento la feudalidad que vivía en las entrañas del país y todo lo que ella implicaba, estaban históricamente condenadas a ser superadas por la entonces incipiente burguesía argentina. Suponer otra cosa hubiera equivalido a mitificar el superviviente pasado colonial con una aureola de brillos y virtudes inexistentes a esa altura de los tiempos". Y agrega: "Digamos de paso que el antiespañolismo de Sarmiento, desde esta perspectiva, fue también una clara y coherente expresión de sus ideas sociales. Rechazó tenazmente las tradiciones hispanas por cuanto correspondían a una etapa virtualmente superada, estática, agobiante y vacía de modernidad, pues España, a su entender, quedó detenida, petrificada, en el siglo XVI. La inserción del país en la plenitud del siglo XIX, como proponía Sarmiento, significaba pues no sólo ruptura con la vieja España, sino también —y esto no es poco— consolidación de la joven nacionalidad argentina" (WEINBERG, Félix, *Las ideas...*, cit., ps. 16/17).

⁵⁷ SARMIENTO, Domingo F., *Viajes*, en las páginas seleccionadas por ROJAS, Ricardo en *El pensamiento vivo de Sarmiento*, Losada, Buenos Aires, 1983, p. 39.

su subsistencia presente y futura, dando su parte al capital puesto en actividad, a la inteligencia que lo dirige y hace producir, y al trabajo manual de los millares de hombres que hoy emplea, dándoles apenas con qué no morirse, y a veces matándolos en ellos mismos, en sus familias y en su progenie? Cuando esta cuestión que viene de todas partes, de Manchester como de Lyon, encuentre solución, el fourierismo se encontrará sobre la carpeta de la política y de la legislación, porque ésta es la cuestión que él se propone resolver.

Y luego, ¿por qué la libertad ha de ser indiferente, aun para la realización misma del descubrimiento social? *¿Por qué la república, en que los intereses populares tienen tanto predominio, no ha de apetecerse, no ha de solicitarse, aunque no sea más que un paso dado hacia el fin, una preparación del medio ambiente de la sociedad para hacerla pasar del estado de civilización al de garantismo, y de ahí al de armonía perfecta?*⁵⁸.

Estos párrafos de *Viajes* son sumamente esclarecedores de la filosofía de la historia que subyace en el pensamiento social de Sarmiento. De ellos se desprende que “no hay pueblos propiamente dichos”, es decir que las naciones no constituyen un dato primordial, perenne, a-temporal⁵⁹, sino que son un producto histórico en constante devenir e interacción recíproca, un producto en transformación constante por la dialéctica entre lo universal y lo particular. Y la “entrada” en la civilización de un pueblo no constituye sino un paso fundamental (un primer paso) en el derrotero de la humanidad⁶⁰. Y ese primer paso es lo que Sarmiento describe ma-

⁵⁸ ROJAS, Ricardo, *El pensamiento...*, cit., ps. 48/49.

⁵⁹ En la terminología de Jaffrelot, Sarmiento no sería un “primordialista” (no ve a la nación como un “dato”), sino un “construccionista” (JAFFRELOT, Ch., “Los modelos explicativos del origen de las naciones y del nacionalismo. Revisión crítica”, en DELANNOI, G. - TAGUIEFF, P. (comps.), *Teorías del nacionalismo*, Paidós, Barcelona, 1993, cap. 6), aunque seguramente —por el papel que juegan los factores naturales— con algunos matices y atenuaciones.

⁶⁰ Las categorías de “civilización” y “barbarie” no son originales de Sarmiento (en todo caso, lo original radica en el uso que de ellas hace); son tomadas por él de la antropología de la época y, como se vio, de la historiografía francesa. Pero las categorías de “garantismo” y “armonía” social parecen provenir de la literatura social y política socialista pre-marxista (que aparezcan precisamente en un párrafo dedicado a Fourier no es una casualidad). Resulta interesante la sutil e implícita diferencia entre “república” y “democracia”: la primera parece coincidir con el estadio de civilización, mientras la segunda, en tanto último período del ciclo histórico, coincidiría con el “garantismo social” o con la “armonía perfecta”. Es decir, acá parece Sarmiento estar pensando “democracia” en un sentido no meramente formal sino sustancial, como justicia o igualdad social. Sin embargo, conviene tener presente la aclaración que hace Paul Verdevoye: “...¿en qué consiste el socialismo de Sarmiento? La fórmula que dio en 1842, sirve todavía en 1850: ‘...la necesidad de hacer concurrir la ciencia, el arte y la política al único fin de mejorar la suerte de los pueblos’ (*El Mercurio*, 28 de julio; I, 309). Sabido es que el *Dogma socialista* de Echeverría no es un

gistralmente en *Facundo*: la lucha de un pueblo por “entrar” en el estadio de civilización, es decir, por iniciar el camino de la historia, es decir, por nacer como nación.

En este breve trabajo, que no tiene más pretensiones que ser un avance exploratorio sobre el tema, he intentado mostrar que la lucha entre civilización y barbarie descrita en el *Facundo* no significa para Sarmiento un simple desplazamiento (o aniquilación) de los caracteres naturales americanos, sino más bien su transmutación o sublimación bajo formas socialmente positivas. La nacionalidad será esa domesticación y adaptación bajo formas civilizadas de nuestras peculiaridades naturales (entiéndase por ellas los rasgos que nuestra geografía nos ha impreso). Y, de este modo, para Sarmiento, la nacionalidad no puede más que presentarse como proyecto y como futuro. Para sostener esta posición he tratado de mostrar la continuidad lógica que se da entre la Primera Parte del *Facundo* (especialmente el capítulo titulado “Revolución de 1810”) y la Tercera Parte (“Gobierno unitario” y “Presente y porvenir”). Sólo resta hacer una simple apreciación de carácter erudito: ¿Por qué esa Tercera Parte, siendo tan importante para el sentido total del libro, ha sido suprimida con el consentimiento del propio Sarmiento en las ediciones de 1851 y de 1868? ¿Y por qué ha sido re-introducida, también por el propio Sarmiento, en la edición de 1874?

La respuesta la encuentra Palcos⁶¹: la mutilación del libro obedece a la coyuntura política de sendos momentos. En el primer caso, era inminente el fin del rosismo, se venían nuevos tiempos y no parecía acertado mantener el duro lenguaje de otras épocas y la fe en el destino unitario de la Argentina. El lugar del programa político contenido en la Tercera Parte será ocupado por otro libro aparentemente autónomo, distinto y pro-federativo, *Argirópolis*, obra de 1850. En el caso de la edición de 1868, la razón parece obvia: Sarmiento ya es candidato a la Presidencia de la República y no resulta oportuno revivir viejos enconos. Cuando Sarmiento termina

dogma socialista, en el sentido francés del adjetivo, sino un conjunto de fórmulas, ‘palabras simbólicas’, cuya aplicación debía, según su autor, facilitar el desarrollo social de Argentina conforme al espíritu de la Revolución de Mayo. Y ésta se hizo en 1810. Según Sarmiento, era la única necesaria, la única auténtica, americana. No ha terminado en 1850. Hasta se puede decir que perdió terreno en la mayor parte de los países, menos en Chile. Por ese motivo, Sarmiento ya no se dice socialista después de la Revolución Francesa de 1848. Su socialismo es americano, y no tiene exactamente la misma significación que el europeo. En todo caso, él no es revolucionario, es evolucionista” (VERDEVOYE, P., *Domingo F. Sarmiento. Educar y escribir opinando (1839-1852)*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1988, p. 317). En el mismo sentido, WEINBERG, F., *Las ideas...*, cit., ps. 14/15.

⁶¹ PALCOS, Alberto, *El Facundo*, cit., ps. 46 y ss.

su mandato presidencial, sin embargo, supervisa una nueva edición (la de 1874) e incluye nuevamente —ya de manera definitiva— la Tercera Parte para que el lector pudiera cotejarla con su obra de gobierno ya realizada.